

Que debió de imaginar
Que aquí le ha de aprovechar
Mas ser Midas, que Narciso.

D.^a JAC.—En decir que há que me vió
Un año, también mintió;
Porque don Beltran me dijo,
Que ayer á Madrid su hijo
De Salamanca llegó.

ISABEL.—Si bien lo miras, señora,
Todo verdad puede ser;
Que entónces te pudo ver,
Irse de Madrid, y agora
De Salamanca volver;

Y cuando no, ¿qué te admira
Que quien á obligar aspira
Prendas de tanto valor,
Para acreditar su amor
Se valga de una mentira?

Demás, que tengo por llano,
Si no miente mi sospecha,
Que no lo encarece en vano,
Que hablarte hoy su padre, es flecha
Que ha salido de su mano.

No ha sido, señora mía,
Acaso, que el mismo día
Que él te vió, y mostró quererte,
Venga su padre á ofrecerte
Por esposo á don García.

D.^a JAC.—Dices bien; mas imagino
Que el término que pasó
Desde que el hijo me habló
Hasta que su padre vino,
Fué muy breve.

ISABEL.—Él conoció
Quién eres; encontraría
Su padre en la platería,
Hablóle, y él, que no ignora
Tus calidades, y adora
Justamente á don García,
Vino á tratarlo al momento.

D.^a JAC.—Al fin, como fuere sea;
De sus partes me contento,
Quiere el padre, él me desea,
Da por hecho el casamiento.

ESCENA XIJ.

Paseo de Atocha.

DON BELTRAN Y DON GARCÍA.

D. BEL.—¿Qué os parece?

D. GAR.—Que animal
No ví mejor en mi vida.

D. BEL.—¡Linda bestia!

D. GAR.—Corregida

De espíritu racional;

¡Qué contento y bizarria!

D. BEL.—Vuestro hermano don Gabriel,
Que perdone Dios, en él
Todo su gusto tenía.

D. GAR.—Ya que convida, señor,
De Atocha la soledad,
Declara tu voluntad.

D. BEL.—Mi pena diréis mejor.
¿Sois caballero, Garcia?

D. GAR.—Téngome por hijo vuestro.

D. BEL.—¿Y basta ser hijo mio
Para ser vos caballero?

D. GAR.—Yo pienso, señor, que sí.

D. BEL.—¡Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos:
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?

D. GAR.—Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego:

Mas no negueis, que sin ellas
Tambien la da el nacimiento.

D. BEL.—Pues si honor puede ganar,
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello?

D. GAR.—Es verdad.

D. BEL.—Luego, si vos

Obráis afrentosos hechos,

Aunque seáis hijo mio,

Dejais de ser caballero;

Luego si vuestras costumbres

Os infaman en el pueblo,

No importan paternas armas,

No sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es, que la fama

Diga á mis oídos mismos

Que á Salamanca admiraron

Vuestras mentiras y enredos?

¡Qué caballero, y qué nada!

Si afrenta al noble y plebeyo,

Solo el decirle que miente,

Decid, ¿qué será el hacerlo,

Si vivo sin honra yo,

Segun los humanos fueros,

Mientras de aquel que me dijo

Que mentia no me vengo?

¿Tan larga teneis la espada,

Tan duro teneis el pecho,
 Que pensais poder vengaros
 Diciéndolo todo el pueblo?
 ¿Posible es que tenga un hombre
 Tan humildes pensamientos,
 Que viva sujeto al vicio
 Mas sin gusto y sin provecho?
 El deleite natural
 Tiene á los lascivos presos;
 Obliga á los codiciosos
 El poder que da el dinero;
 El gusto de los manjares
 Al gloton; el pasatiempo
 Y el cebo de la ganancia
 A los que cursan el juego;
 Su venganza al homicida,
 Al robador su remedio,
 La fama y la presuncion
 Al que es por la espada inquieto:
 Todos los vicios al fin
 O dan gusto ó dan provecho;
 Mas de mentir, ¿qué se saca
 Sino infamia y menosprecio?

D. GAR.—Quien dice que miento yo,
 Ha mentido.

D. BEL. —Tambien eso
 Es mentir; que aun desmentir
 No sabeis, sino mintiendo.

D. GAR.—Pues si dais en no creerme.

D. BEL.—¿No seré necio si creo
 Que vos decís verdad solo,
 Y miente el lugar entero?
 Lo que importa es desmentir
 Esta fama con los hechos,
 Pensar que este es otro mundo,
 Hablar poco y verdadero;
 Mirad que estais á la vista
 De un rey tan santo y perfeto,
 Que vuestros yerros no pueden
 Hallar disculpa en sus yerros;
 Que tratais aquí con grandes,
 Títulos y caballeros,
 Que si os saben la flaqueza
 Os perderán el respeto;
 Que teneis barba en el rostro,
 Que al lado ceñís acero,
 Que nacistes noble al fin,
 Y que yo soy padre vuestro,
 Y no he de deciros mas;
 Que esta sofrenada espero
 Que baste, para quien tiene
 Calidad y entendimiento.
 Y agora porque entendais
 Que en vuestro bien me desvelo,
 Sabed que os tengo, Garcia,
 Tratado un gran casamiento.

D. GAR.—(¡Ay mi Lucrecia!)

D. BEL.—Jamás

Pusieron, hijo, los cielos
Tantas, tan divinas partes
En un humano sugeto,
Como en Jacinta, la hija
De don Fernando Pacheco,
De quien mi vejez pretende
Tener regalados nietos.

D. GAR.—(¡Ay Lucrecia, si es posible
Tú sola has de ser mi dueño!)

D. BEL.—¿Qué es esto? ¿No respondeis?

D. GAR.—(¡Tuyo he de ser, vive el cielo!)

D. BEL.—¿Qué os entristeceis? Hablad,
No me tengais mas suspenso.

D. GAR.—Entristézcome, porque es
Imposible obedeceros.

D. BEL.—¿Por qué?

D. GAR.—Porque soy casado.

D. BEL.—¿Casado? ¡Cielos, qué es esto!
¿Cómo sin saberlo yo?

D. GAR.—Fué fuerza, y está secreto.

D. BEL.—¡Hay padre mas desdichado!

D. GAR.—No os aflijais, que en sabiendo
La causa, señor, tendréis
Por venturoso el efeto.

D. BEL.—Acabad, pues; que mi vida
Pende solo de un cabello.

D. GAR. (Agora os he menester,
Sutilezas de mi ingenio.)

—En Salamanca, señor,
Hay un caballero noble
De quien es la alcuña Herrera,
Y don Pedro el propio nombre:
A éste dió el cielo otro cielo
Por hija, pues con dos soles
Sus dos purpúreas mejillas
Hace claros horizontes.
Abrevio, por ir al caso,
Con decir que cuantas dotes
Pudo dar naturaleza,
En tierna edad la componen.
Mas la enemiga fortuna
Observante en su desórden,
A sus méritos opuesta,
De sus bienes la hizo pobre;
Que demás de que su casa
No es tan rica como noble,
Al mayorazgo nacieron
Antes que ella dos varones.
A ésta, pues, saliendo al rio
La vi una tarde en su coche,
Que juzgara el de Faeton
Si fuese Eridano el Tórmes.
No sé quién los atributos
Del fuego en Cupido pone,

Que yo de un súbito hielo
 Me sentí ocupar entónces.
 ¿Qué tienen que ver del fuego
 Las inquietudes y ardores,
 Con quedar absorta una alma,
 Con quedar un cuerpo inmóvil?
 Caso fué verla forzoso;
 Viéndola, cegar de amores;
 Pues abrasado seguirla,
 Júzguelo un pecho de bronce.
 Pasé su calle de día,
 Rondé su calle de noche,
 Con terceros y papeles
 Le encarecí mis pasiones,
 Hasta que al fin condolida
 O enamorada responde;
 Porque también tiene amor
 Jurisdicción en los dioses.
 Fuí acrecentando finezas
 Y ella aumentando favores,
 Hasta ponerme en el cielo
 De su aposento una noche.
 Y cuando solicitaban
 El fin de mi pena enorme,
 Conquistando honestidades
 Mis ardientes pretensiones,
 Siento que su padre viene
 A su aposento: llamóle,

Porque jamás tal hacia,
 Mi fortuna aquella noche.
 Ella turbada, animosa,
 Mujer al fin, á empellones
 Mi casi difunto cuerpo
 Detrás de su lecho esconde.
 Llegó don Pedro, y su hija
 Fingiéndolo gusto, abrazóle
 Por negarle el rostro, en tanto
 Que cobraba sus colores.
 Asentáronse los dos,
 Y él, con prudentes razones,
 Le propuso un casamiento
 Con uno de los Monrois.
 Ella, honesta como cauta,
 De tal suerte le responde,
 Que ni á su padre resista
 Ni á mí, que la escucho, enoje.
 Despidiéronse con esto;
 Y cuando ya casi pone
 En el umbral de la puerta
 El viejo los piés, entónces....
 ¡Mal haya amén el primero
 Qué fué inventor de relojes!
 Uno que llevaba yo
 A dar comenzó las doce.
 Oyólo don Pedro, y vuelto
 Hácia su hija, ¿de dónde

Vino ese reloj! le dijo.
 Ella respondió: envíele,
 Para que se le aderecen,
 Mi primo don Diego Ponce,
 Por no haber en su lugar
 Relojero ni relojes.
 «Dádmelo, dijo su padre,
 Porque yo ese cargo tome.»
 Pues entónces, doña Sancha,
 Que este es de la dama el nombre,
 A quitármele del pecho,
 Cauta y prevenida corre,
 Antes que llegar él mismo
 A su padre se le antoje.
 Quitémele yo, y al darle
 Quiso la suerte que toquen
 A una pistola, que tengo
 En la mano, los cordones;
 Cayó el gatillo, dió fuego,
 Al tronido desmayóse
 Doña Sancha; alborotado
 El viejo empezó á dar voces.
 Yo, viendo el cielo en el suelo
 Y eclipsados sus dos soles,
 Juzgué sin duda por muerta
 La vida de mis acciones;
 Pensando que cometieron
 Sacrilegio tan enorme,

Del plomo de mi pistola
 Los breves volantes orbes.
 Con esto, pues, despechado
 Saqué rabioso el estoque;
 Fueran pocos para mi
 En tal ocasion mil hombres.
 A impedirme la salida,
 Como dos bravos leones,
 Con sus armas, sus hermanos
 Y sus criados se oponen:
 Mas, aunque fácil por todos
 Mi espada y mi furia rompen,
 No hay fuerza humana que impida
 Fatales disposiciones:
 Pues al salir por la puerta,
 Como iba arrimado, asíome
 La alcayata de la aldaba
 Por los tiros del estoque:
 Aquí para desasirme
 Fué fuerza que á atrás me torne,
 Y entretanto mis contrarios
 Muros de espadas me oponen.
 En esto, cobró su acuerdo
 Sancha, y para que se estorbe
 El triste fin que prometen
 Estos sucesos atroces,
 La puerta cerró animosa
 Del aposento, y dejóme

A mí con ella encerrado
 Y fuera á mis agresores.
 Arrimamos á la puerta
 Baules, arcas y cofres;
 Que al fin son de ardientes iras
 Remedio las dilaciones.
 Quisimos hacernos fuertes;
 Mas mis contrarios feroces
 Ya la pared me derriban,
 Y ya la puerta me rompen.
 Yo viendo, que aunque dilate,
 No es posible que revoque
 La sentencia de enemigos
 Tan agraviados y nobles,
 Viendo á mi lado la hermosa
 De mis desdichas consorte,
 Y que hurtaba á sus mejillas
 El temor sus arreboles;
 Viendo cuán sin culpa suya
 Conmigo fortuna corre,
 Pues con industria deshace
 Cuanto los hados disponen;
 Por dar premio á sus lealtades,
 Por dar fin á sus temores,
 Por dar remedio á mi muerte
 Y dar muerte á mis pasiones,
 Hube de darme á partido
 Y pedirles que conformen

Con la union de nuestras sangres
 Tan sangrientas disensiones.
 Ellos, que ven el peligro
 Y mi calidad conocen,
 Lo acetan, despues de estar
 Un rato entre si discordes.
 Partió á dar cuenta al Obispo
 Su padre, y volvió con orden
 De que el desposorio pueda
 Hacer cualquier sacerdote.
 Hizose, y en dulce paz
 La mortal guerra trocóse,
 Dándote la mejor nuera
 Que nació del Sur al Norte.
 Mas en que tú no lo sepas
 Quedamos todos conformes,
 Por no ser con gusto tuyo
 Y por ser mi esposa pobre:
 Pero ya que fué forzoso
 Saberlo, mira si escoges
 Por mejor tenerme muerto,
 Que vivo y con mujer noble.

D. BEL.—Las circunstancias del caso
 Son tales, que se conoce
 Que la fuerza de la suerte
 Te destinó esa consorte;
 Y así no te culpo en más
 Que en callármelo.

D. GAR. —Temores
De darte pesar, señor,
Me obligaron....

D. BEL. —Si es tan noble,
¿Qué importa que pobre sea?
¡Cuánto es peor que lo ignore,
Para que habiendo empeñado
Mi palabra, agora torne
Con eso á doña Jacinta!
¡Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano
Por mi vida te recoge;
Porque despacio tratemos
De tus cosas esta noche.

D. GAR. —Iré á obedecerte, al punto
Que toquen las oraciones.

ESCENA XII.

D. GARCÍA.

Dichosamente se ha hecho:
Persuadido el viejo va,
Ya del mentir no dirá
Que es sin gusto y sin provecho;
Pues es tan notorio gusto
El ver que me haya creído,
Y provecho haber huido
De casarme á mi disgusto.

Bueno fué reñir conmigo,
Porque en cuanto digo miento;
Y dar crédito al momento
A cuantas mentiras digo.

¡Qué fácil de persuadir
Quien tiene amor suele ser!
¡Y qué fácil en creer
El que no sabe mentir!

Mas ya me aguarda don Juan.
Hola, llevad el caballo. (*Dirá adentro.*)
Tan terribles cosas hallo
Que sucediéndome van,
Que pienso que desvarío:
Vine ayer, y en un momento
Tengo amor, y casamiento,
Y causa de desafío.

ESCENA XIII.

DON JUAN Y DON GARCÍA.

D. JUAN—Como quien sois lo habeis hecho,
Don García.

D. GAR. —¿Quién podia,
Sabiendo la sangre mia,
Pensar ménos de mi pecho?
Mas vamos, don Juan, al caso
Porque llamado me habeis: